

CRÓNICA

Por
Lucas de la Cal
Manila

En el infesto caos que envuelve Manila todavía queda algún rincón tranquilo en la antigua fortaleza española de Intramuros, el más vistoso reducto colonial del imperio que dominó Filipinas durante más de tres siglos. Las tesis tradicionales sostienen que todo ello acabó de golpe con la pérdida de las colonias de ultramar tras el Desastre del 98. Pero los «últimos de Filipinas», en cuanto a la gran influencia española, realmente resistieron hasta finales de la década de 1930, cuando la Guerra Civil española saltó hasta el vasto archipiélago del sur de Asia.

La pelea no giraba en torno a un bando nacional y otro republicano. Fue un conflicto violento entre dos bandos fascistas, concretamente de la rama de la Falange instalada en Filipinas. Uno estaba liderado por un abogado muy radical que acabó muriendo en un psiquiátrico. El otro, por un multimillonario y reaccionario empresario cervecero. Aquella pelea fue la causa final de la deshispanización de Filipinas.

Esa es la tesis que defiende el tercer protagonista de esta desconocida historia, Florentino Rodao (Madrid, 63 años), un catedrático de la Universidad Complutense, experto en estudios asiáticos y que fue profesor de español del actual emperador de Japón, Naruhito, con quien mantiene una estrecha amistad.

Fue en la Universidad de Tokio donde este académico español realizó una tesina sobre la comunidad española en Filipinas durante la Guerra Civil. Un trabajo que más adelante convertiría en un libro, *Falangistas sin Franco*, en el que revela una historia de intrigas y traiciones en torno a la figura de dos falangistas: Andrés Soriano y Martín Pou.

El primero fue el empresario que dirigió la cervecera San Miguel, original de Filipinas, y la expandió por todo el Pacífico hasta llevarla a España. «Era el empresario más rico y poderoso de Filipinas. Un visionario para los negocios, pero era muy reaccionario y estaba muy implicado en cuestiones políticas, tanto en Filipinas como en España. Estuvo muy ligado a EEUU, que entonces era la potencia dominante en Filipinas, pero esa protección de Washington en parte se rompió en la Segunda Guerra Mundial por la cercanía de Soriano al régimen franquista», explica el historiador.

El segundo personaje, el mallorquín Martín Pou, ayudó a Franco a conseguir armas en Italia durante la guerra. Esta-

ba casado con una Valdés, una mujer de una familia influyente filipina, hermana de un estratega clave del ejército del país asiático. En 1937, fue enviado a Filipinas como jefe de la sección de la Falange, entonces controlada por Soriano y otras familias de oligarcas españoles que habían prospera-

do en la antigua colonia.

Rodao compara los perfiles de Pou y Soriano con los del falangista José Antonio Primo de Rivera y el monárquico ultraconservador José Calvo Sotelo. «Pou acabó loco y murió en un psiquiátrico en 1978. Precisamente, su historia la descubrí gracias a un libro que es-

cribió su psiquiatra», explica. En su investigación, el historiador encontró una carta que Pou había enviado a García Lorca invitándole a una finca que tenía en la Sierra de Tramontana. El falangista también compartía amistad con Dalí. Con ambos coincidió en la madrileña Residencia de Estudian-

tes, que en los años 20 fue el laboratorio cultural de España.

«Hasta la llegada de Martín Pou, la comunidad española en Filipinas había estado dirigida por las familias de la alta esfera, que tenían mucha influencia sobre la política y la economía país, manteniendo el español como un idioma de

la élite pese a la presencia de los estadounidenses. Pero ese liderazgo social y cultural lo pusieron patas arriba los falangistas radicales de clases medias como Martín Pou, que rechazaba a esos oligarcas. Cuando se enfrentaron entre ellos, la influencia de la comunidad hispana bajó radicalmente has-



En la imagen de arriba, el falangista Martín Pou en Mallorca. Abajo, Andrés Soriano (segundo desde la dcha.) en una manifestación de apoyo a Franco.

ta desaparecer del todo», cuenta Rodao. «Aquel fue el mayor enfrentamiento que hubo en el mundo dentro de una comunidad franquista. En España, Franco logró unificar todos los bandos de su cuerda, pero en Filipinas fue imposible».

En aquella Filipinas de los años 30 apenas vivían 5.000 españoles, pero la considerada como comunidad española superaba el medio millón y estaba engordada por muchos mestizos y los llamados «cuasi-españoles», que eran filipinos de familias elitistas y con poder político que considera-

cervecera en el sudeste asiático cuando Filipinas todavía era colonia española. La fábrica, que se levantó en el barrio de San Miguel, se inauguró también en el día de San Miguel (29 de septiembre) de 1890. De ahí el nombre.

CERVEZA SAN MIGUEL

En 1918, ya con Filipinas en manos de EEUU, Soriano se hizo con la dirección y convirtió San Miguel en un gran conglomerado que se expandió por todo el Pacífico. Era un periodo próspero para muchas empresas españolas instaladas en Fi-

derechos de explotación de la marca para Europa y África. Poco después, las dos cerveceras cogieron caminos diferentes.

En las primeras décadas de San Miguel expandiéndose de la mano de Soriano, la comunidad española en Filipinas estaba muy unida, hasta que se radicalizó por la pelea entre los falangistas, alejándose de una Manila más cercana a los valores democráticos que pregonaban los estadounidenses.

El fundador de la Falange en Filipinas, bautizada como Fundación Falange Española, fue un piloto llamado Ignacio Jiménez, famoso por formar parte de un equipo que sobrevoló el Océano Atlántico hasta Buenos Aires en 1926. Rodao explica que, durante la Guerra Civil, las actividades de la Falange filipina se centraron en ayudar con fondos al campo nacionalista en España, al que también enviaban ropa y tabaco. En el país asiático, el grupo contaba con una organización juvenil, una sección femenina y una especie de ONG (Auxilio Social) que ayudaba con vivienda y comida a los españoles residentes en Filipinas que lo necesitaban. Su brazo político lo dirigían desde un consulado no oficial los empresarios Andrés Soriano y Enrique Zóbel de Ayala, quienes también apoyaron desde el principio a los franquistas y mantenía muy buenas relaciones con el gobierno colonial norteamericano.

DIFERENCIAS EN UN MISMO BANDO

Cuando Martín Pou llegó a Manila como jefe de la Falange, debía informar a Soriano y al resto de la junta directiva de sus actividades. Pero rápido se formaron dos bandos ideológicos. La parte oligarca filipino-española, liderada por Soriano, conservadora y más incondicional en un principio al rey Alfonso XIII, no se sentía identificada con esa corriente falangista de clase media-baja que lanzaba discursos anticapitalistas y cargaba contra una economía planificada y contra los viejos partidos de derecha. Esta corriente estaba más alineada con italianos y alemanes, mientras que las familias ricas del grupo de Soriano preferían a EEUU.

Rodao relata que, al igual que hubo disputas dentro del bando republicano con liberales, socialistas, comunistas, anarquistas y nacionalistas catalanes y vascos, las diferencias entre todos los grupos que respaldaron a los nacionalistas franquistas fueron muy amplias: monárquicos, tradicionalistas, requetés y falangistas tenían poco que compartir excepto su ferviente anticomu-

nismo. Franco intentó unificar los grupos bajo la Falange, añadiendo una *T de Tradicionalista* a su nombre, convirtiéndose en FET de las JONS. Pero las pugnas persistieron.

Aunque la Falange aumentó en popularidad y número de militantes, los grupos tradicionalistas todavía mantenían el poder en algunas esferas importantes del gobierno en la *Nueva España*, como el Ministerio de Asuntos Exteriores, donde estaba muy ligado Soriano y su círculo de oligarcas filipinos. Estos consiguieron finalmente en 1938 librarse de Pou, quien regresó a España. Pero el problema no terminó con su marcha porque el enfrentamiento estaba demasiado encarnizado.

Después de la Guerra Civil, la comunidad española continuó dividida pese a los intentos de unión que buscó el diplomático falangista Álvaro de Maldonado, el primer cónsul del Gobierno franquista reconocido por EEUU. En Manila, como recuerda Rodao en su libro, chocaba también mucho la posición de Madrid cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, que había nombrado en 1940 como ministro de Exteriores a un falangista radical, Ramón Serrano Suñer, que dejó claro cuál debía ser el papel de la Falange en el extranjero: servir como un instrumento que hiciera añicos la vieja democracia clásica.

Pero la violencia continuada, venganzas y denuncias lanzadas en todas direcciones, acabaron hundiendo a la Falange filipina, que hasta se había enemistado con órdenes religiosas. Suñer, para tratar de resolver las disputas en la ex colonia, mandó a Maldonado a Shanghai y nombró (en 1941) a un hombre de su confianza para hacerse cargo del consulado y de la presidencia de la Falange, José del Castaño. Pero Castaño tampoco cayó de pie entre las clases altas españolas ni las autoridades estadounidenses.

Al final, por presión de los colonos, la Falange puso fin a sus actividades propagandísticas en público, también porque Franco reprimió las actividades del grupo en el extranjero desde principios de 1942. El toque de muerte a la poca influencia española que quedaba en Filipinas llegó tras la ocupación japonesa. El imperio nipón veía con reticencia a los occidentales. Entonces, una oleada de filipinos ya había renunciado a su nacionalidad española porque temía que Madrid se uniera a las fuerzas del Eje y que, si perdía la guerra, las propiedades de los españoles fueran confiscadas. Uno de los que adoptó la

nacionalidad filipina fue Andrés Soriano.

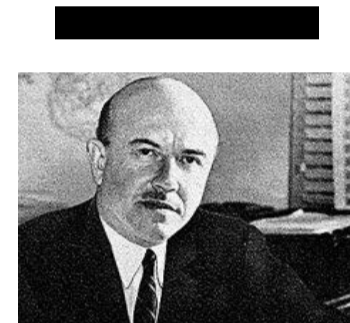
«La tesis principal es que, tras el Desastre del 98, lo hispano desapareció de Filipinas. Pero en mi investigación descubrí que eso no fue así, que la influencia española continuó varias décadas más... El legado resultante de 300 años de dominio colonial siguió después de la salida del último gobernador español de Manila, caracterizándose por una evolución similar en algunos aspectos a la que se produjo en las repúblicas latinoamericanas tras su independencia en

La Guerra Civil entre dos bandos falangistas de los últimos de Filipinas

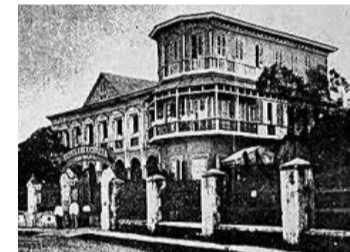
Uno de los bandos lo encabezaba un amigo de Lorca y Dalí; el otro, el fundador de la cerveza San Miguel. Ahora, un historiador reconstruye cómo la guerra fratricida puso punto final al legado español en la ex colonia. También hubo ejecuciones

ban que España era su patria. Muchos eran importantes empresarios muy cercanos a Soriano, hijo de un ingeniero español que se casó con la descendiente de un importante clan empresarial en Filipinas. Su abuelo, Pedro Róxas, fue uno de los empresarios que abrieron la primera compañía

lipinas, gracias en parte a que comenzaron a exportar a EEUU. Dentro de casa, Soriano disparó más su fortuna al lograr los derechos exclusivos para embotellar Coca-Cola. En 1947, San Miguel llegó por primera vez a España con una sociedad con sede en Lleida (La Segarra), que abrió una fábrica y compró los



El empresario Andrés Soriano.



Fábrica de San Miguel en Filipinas.



Falange Española de Filipinas.

Rodao: "En España, Franco logró unificar todos los bandos de su cuerda, pero en Filipinas fue imposible"

el siglo XIX. Centrando la mirada en el periodo de la Guerra Civil, gracias a los archivos de Exteriores y las cartas de los cónsules que había en Manila, descubrí la fascinante historia del enfrentamiento entre los falangistas», sentencia Rodao.

@Lucasdelacal